

EL REY SECRETO, EL PRÍNCIPE DE ESTE MUNDO*

JEAN MEYER



Su obra tuvo un éxito universal. Murió en 1935, despreciado e insultado por quienes ahora lo admiran. Era rumano, escribía en francés, se llamaba Panait Istrati, era y es admirable y digno de ser querido. Joven rebelde, gran escritor, invitado a Moscú para asistir al décimo aniversario de la Revolución, encuentra en esta ciudad al griego Nikos Kazantzakis. Nace una amistad fuerte. Los dos hombres escriben una carta conjunta a Stalin y se ofrecen como buenos vasallos de tan noble señor. Istrati no tarda en descubrir la realidad soviética y con ingenuidad señala su encuentro al secretario general del GUEPEU, Jerson. Hasta le propone dejar que la oposición se exprese libremente. Consternado, escribe *La otra llama, confesiones para vencidos*. Nikos le dice: "Panait, tu corazón supera tu inteligencia. Trata de comprender, trata de ver el círculo completo. Puedes perder de vista el conjunto debido a un hecho aislado en el que tienes toda la razón". Romain Rolland, gloria mundial que Istrati reverenciaba como a un padre, le suplicó no publicar el texto: "Estas páginas son sagradas. Hay que conservarlas en los archivos de la revolución eterna. En su libro de oro. Lo amamos mucho más, lo veneramos por haberlas escrito, pero no las publique". Al tentador diabólico, Istrati contestó lacónicamente: "Amigo, he roto la vajilla", y publicó el texto impío que le valió el ostracismo inmediato de todas las izquierdas del mundo y un olvido prolongado durante más de 40 años. Firmó los tres volúmenes de *Vers l'autre flamme*, aunque el segundo fuese de la pluma de Victor Serge y el tercero de Boris Suvarin, otros admirables herejes. Insultado, tratado de reaccionario y de fascista, Istrati exclamó en 1932, a la hora de la colectivización: "Cuando asisto allá, en los confines de la burguesa Europa, al espectáculo de trabajadores que huyen de la Rusia de los trabajadores y que son ametrallados sobre los hielos del Dniestr, perseguidos hasta delante de los guardias rumanos, que reciben el tiro de gracia en el lugar, que son a veces capturados por los 'proletarios' del GUEPEU y reconducidos a la fuerza hacia la 'patria'

* Fórmula de Georg Simmel para el comunismo.

de los trabajadores", "...permítanme amar y odiar a los hombres de una manera diferente de la suya".

Victor Serge, en sus *Memorias de un revolucionario* (que todo el mundo debería leer y releer) cuenta cómo, en 1928, en la URSS, amigos convencidos le decían a Istrati: "Panait, no se hace omelette sin romper los huevos. Nuestra revolución..." Istrati, imperturbable y obstinado, contestaba: "Bueno, veo los huevos rotos. ¿Dónde está su omelette?". Eso no le fue perdonado nunca. Esa experiencia, la de la revolución soviética y la de la actitud de los intelectuales europeos, le causó un dolor sin límites. La muerte de su ideal social, añadida a "otras hecatombes de valiosos sentimientos" le quitó hasta las ganas de vivir.

El caso de Panait Istrati, si bien es excepcional por las cualidades que hicieron de él "el hombre que no se adhiere", es ejemplar de lo que Furet llama la "ilusión" comunista. Hace la demostración "en contra" de los efectos fatales de lo que Raymond Aron llamó "el opio de los intelectuales" en un libro que le valió la impopularidad porque criticaba al comunismo, como la nueva religión secular y a sus fieles, por ser toda indulgencia para los crímenes de la Unión Soviética y todo rigor para las fallas de las democracias. Aron no perdonaba a sus colegas la justificación de un presente antidemocrático en nombre de un futuro mejor; conducta pietista que había sido brevemente la de André Gide cuando podía escribir: "¿Por qué y cómo llegué a aprobar aquí lo que repruebo allá? Es que en el terrorismo alemán veo una vuelta al más lamentable, más detestable pasado. En el establecimiento de la sociedad soviética, una ilimitada promesa" (21 de marzo de 1933, en la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios).

Todos los libros mencionados aquí (su lista aparece al final de este ensayo) nos permiten entender cómo fue posible esa mortífera ilusión y cómo fue inseparable de la ilusión fascista, de la ilusión nacional-socialista. Al igual que Bullock, y de manera menos central, como Malia y Pipes, Furet se lanza al análisis comparativo del nazismo y del comunismo, tema tabú, reservado hasta ahora a la literatura, en la admirable novela de Vassili Grossmann, *Vida y destino*. "Bolchevismo y fascismo, escribe Furet, entran casi juntos en el teatro

de la Historia (...). Es un poco difícil imaginar hoy que se trata de ideologías muy recientes, ya que nos parecen, según el caso, fuera de moda, absurdas, lamentables o criminales. Sin embargo, llenaron el siglo, hicieron el siglo. A la vez poderosas, efímeras y nefastas, ¿cómo pudieron movilizar tantas esperanzas, tantas pasiones entre tantos individuos?".

Debemos tomar al pie de la letra las declaraciones de los que vivieron el mito revolucionario: "A veces me pregunto: ¿Cómo ve Lenin el mundo nuevo? Y delante de mí se forma la imagen grandiosa de la tierra maravillosamente transformada por el trabajo de la humanidad liberada y hecha una inmensa esmeralda. Todos los hombres se han vuelto razonables, cada uno se siente responsable personalmente de todo lo que está creado por él y alrededor de él. El hombre se ha vuelto, por fin, amo de los elementos" (Máximo Gorki, en *L'Internationale Communiste*, No. 12, 1920).

Como decía en 1977 uno de los primeros apóstoles franceses, Georges Cogniot: "Quería subir a bordo del buque que lleva a los dioses del porvenir" (*Parti Pris*, París, Editions Sociales, 1977). Gracias a su redención por el proletariado, cual nuevo Cristo colectivo, la humanidad iba a conocer el paraíso sobre la tierra. Hay una dimensión religiosa fundamental entre los que iluminó "la gran luz del Este", de la cual hablaba Jules Romains: "Ex oriente, lux..." "El Oriente Rojo"... Ludovic Oscar Frossard, primer secretario del partido comunista, exclama en París, en agosto de 1920: "La revolución de octubre abre una nueva fase de la historia humana. Como el advenimiento del cristianismo, le aporta un ideal nuevo, una moral, una disciplina nuevas. Como él, pone en el corazón de las masas la más alta, la más luminosa esperanza de total emancipación" (Christian Jelen, *L'aveuglement: les socialistes et la naissance du mythe soviétique*, París, 1977).

Dominique Desanti (*Les Staliniens*, París, 1974) nos ayuda a entender: recuerda que tenía en su escritorio la foto de Stalin. ¡Stalingrad! ¡La traición de Tito? Sí, ¡la traición de Rajk? Claro, había confesado. ¡Bajo tortura? No podía creer en la tortura, era invención de los capitalistas. ¿Y Kostov? Kostov, quien gritó a sus jueces, públicamente, que era inocente. Ella, Dominique Desanti, oyó su grito; estaba presente en la sala. Fue cuando creyó a Kostov. Creerle a él era dejar de creer en el Partido, en la vida. Era renegar del libro que ella, Dominique Desanti, acababa de publicar sobre el "traidor" Tito. No dijo nada y cuando murió Stalin, ella lloró. Luego vino la reconciliación entre la URSS y Yugoslavia, el famoso abrazo ente Tito y el buen Nikita, el informe secreto de Jrushchov en el XX Congreso, los relatos tardíos de los amigos polacos —pero ¿por qué se habían quedado callados tanto tiempo? Ella cita esas palabras tremendas de Sartre: "para no desesperar a Billancourt", Billancourt, o sea la Renault, la ciuda-

dela obrera del partido comunista francés. El *New York Times* y *Le Monde* habían dicho la verdad antes que los amigos polacos. Pero se trataba de la prensa "burguesa": ¿cómo creerle?

Pero cuando Desanti publica sus *Stalinianos* y hace su autocrítica, el historiador comunista Jean Ellensstein sigue en su conducta fideista y denuncia a Solzhenitsin como agente del imperialismo: ciertamente los campos y la represión habían existido, pero se trataba de una "represión de masas" (¿popular?) y ese periodo de la historia soviética no era "abominable", sino simplemente "trágico". No provocaba en Ellensstein ni indignación, ni horror. Afirmaba que antes del accidente que fue el stalinismo, y después, el régimen soviético fue y seguía siendo el mejor de los mundos posible (*Le Monde*, 15 de febrero de 1975, "Marxest—il coupable?").

Hoy en día, ni la desaparición del "socialismo real" ha propiciado la "conversión" de la gente como Ellensstein. Nuestra capacidad de autojustificación es tal que muchos partidarios del totalitarismo utópico no han reconocido su error y están dispuestos, a la primera oportunidad, a volver a él.

¿Por qué? Porque el totalitarismo es una cultura, es una mentalidad y se entra, se puede seguir entrando en él, como se entra en una religión. Así nace lo que Milosz llamó "la pensée captive" (el pensamiento cautivo). Albert Camus pudo escribir a un amigo que se disponía a entrar al partido comunista francés: "Sigo fundamentalmente opuesto a las empresas y a los métodos de lo que llamé el socialismo cesáreo (...). Quien entra en la religión, también quiere que sus amigos y su madre ingresen; sin embargo, al final los abandona. No puedo dejarlo creer que no está usted entrando en una iglesia, desde el momento que escoge usted una ortodoxia como la del partido comunista. No lo dude, reconózcalo en su corazón: la tentación comunista es para un intelectual del mismo tipo que la tentación religiosa. No es vergonzoso, siempre y cuando se le ceda leal y conscientemente" (*Carnets III*, p. 162).*

En *Actuelles II*, había declarado que los marxistas "niegan al hombre existente en nombre del que será. Tal pretensión es de naturaleza religiosa" (p. 176). 40 años después, Vladimir Bukowski es más duro: "No sorprende la popularidad teórica que tiene el marxismo entre ciertos intelectuales. Es su religión, su oportunidad de pertenecer al número de los elegidos y de expiar el pecado original poniéndose al servicio del proletariado. Pero es también la promesa apenas velada de un poder sobre las masas afásicas, de un poder asegurado por la Palabra, de un poder destinado a conducir a la

* Sobre Camus, satanizado por Sartre y la izquierda después de la publicación de *El Hombre rebelde* (1951), ver Jean Meyer: "Sartre y Camus, 1952". *La Jornada*, suplemento cultural, domingo 12 de marzo de 1995.

felicidad universal, al reino de la razón y de la armonía eterna, es decir, a la muerte. ¿Es lo que tenemos en el contrato de Fausto con el Diabolo?" (URSS: *De la utopía al desastre*, Diana, México, 1992, p. 106).

II. PROMETEO

Teología—antropología

Después del acontecimiento es posible reconstituir genealogías que van de Prometeo a Lenin y hasta nuestros días, pero de todos modos quedamos deslumbrados por la luz fulgurante de una explosión demasiado cercana. Los monstruos que engendró el sueño de la razón en el siglo XX no se dejan entender fácilmente; hubo un tiempo en que esos monstruos fueron celebrados como héroes por masas multitudinarias; la juventud de cada generación vuelve a sentirse fascinada por la sangre roja de las banderas, por la negrura abismal de las banderas, por los símbolos solares y estelares. Los 12 años de poder hitleriano, los 35 años de poder bolchevique se encuentran en la médula de nuestro siglo. Coinciden en el tiempo y casi en el espacio. Son la conflagración de la cual salieron y siguen saliendo mundos nuevos; son la gran crisis occidental antes de ser la gran crisis mundial.

En el caso del comunismo ¿cómo entender el enigma de su éxito, la ceguera voluntaria o no de tantos comunistas sinceros, de tantos "compañeros de marcha", los "idiotas útiles" (*popuchki*) de los que hizo mofa Lenin. Espejismo, ilusión, eso lleva al mito del milagro soviético; pero ¿por qué persistió el mito contra todas las evidencias? ¿por qué esa obstinación en el error, comparable a una adicción? La tarea suprema que se daba el movimiento revolucionario era "construir el socialismo", o sea una meta ética: la justicia universal por la igualdad socio-económica. Eso a través de la abolición de la propiedad privada, fuente principal de desigualdad, y por lo tanto abolición de la ganancia, luego del mercado. Resultado: el Estado controla todo, la economía primero, la sociedad luego. Así triunfaría la razón, la organización, la productividad contra "la anarquía del mercado", "el egoísmo de la ganancia", "la irracionalidad de la bolsa". Para ir pronto y lejos: la fuerza. Aquí termina el asombroso itinerario de Prometeo. Clamando su odio a los dioses y su amor por los hombres, le da la espalda con desprecio a Zeus y va hacia los mortales para llevarlos al asalto del cielo. Pero los hombres son débiles o cobardes; hay que organizarlos. Quieren el placer y la felicidad inmediatas; hay que enseñarles a rechazar, para crecer, la miel de los días. Así Prometeo, a su vez, se vuelve un jefe que primero enseña y luego ordena. La lucha se prolonga, es agotadora. Los hombres dudan de llegar a la ciudad del sol, dudan hasta de su existencia. Hay que salvarlos de sí mismos. Los que

dudan serán abandonados en el desierto, clavados a una roca, ofrecidos como alimento de crueles pájaros. Prometeo, solo, se ha vuelto un dios y reina sobre la soledad de los hombres. Ya no es Prometeo, es César. El verdadero, el eterno Prometeo ha tomado ahora la cara de una de sus víctimas" (Albert Camus *L'Homme révolté*, París, 1951, p. 291). Ese Prometeo/César comunista es el "Dios de las tinieblas" de Ignazio Silone.

La historia de la revolución soviética se puede descifrar a través de esas líneas de Camus. Camus no fue escuchado por sus amigos de izquierda, quienes lo clavaron en la roca del ostracismo. El mito sobrevivió a todo. A la guerra civil rusa, a la colectivización, a la hambruna-genocidio, a los grandes procesos, al GULAG, a Berlín, Poznan y Budapest, hasta Praga (1968) y Afganistán (1979). El mito de la Revolución libertadora, de la violencia justiciera, de la Noche Grande, *Grand Soir* prolongada en terrible noche de los cuchillos largos, era indestructible. El comunismo era una tiranía que no proporcionaba ni la igualdad, ni la abundancia, ni la razón, ni la libertad. Si la profecía de Marx, "el gobierno de los hombres se reducirá a la administración de las cosas", se realizaba, era de una manera trágica: los hombres se habían reificado, eran cosas. Sin embargo, el mito conservaba su fuerza porque la realización de la promesa no tenía fecha. Así como los primeros cristianos esperaban el regreso inmediato de Cristo, los comunistas esperaban el advenimiento del "socialismo" para el final del primer plan quinquenal. Luego los cristianos se convencieron de que Cristo tardaría un poco más... los comunistas esperaron "las mañanas luminosas", "les lendemains qui chantent".

TIENEN OÍDOS Y NO OYEN

No faltan nunca los cínicos, como André Malraux, quien en la víspera de los procesos de Moscú convenció a la editorial Gallimard de rechazar el formidable libro de Suvarin *Stalin*, con este único argumento: "Creo que ustedes tienen razón, usted, Suvarin y sus amigos, pero estaré con ustedes cuando sean los más fuertes". Pero Sartre era sincero cuando hacía la apología del terror bolchevique en su obra de teatro *Las manos sucias* o *Le diable et le bon Dieu*, como en su tratado filosófico *Crítica de la razón dialéctica*, lúcidamente reseñado por Raymond Aron como intento de hacer una apologética del stalinismo. Era sincero cuando exclamaba: "¡Todo anti-comunista es un perro!".

En esos años 1948-1952, el comunismo iba viento en popa. Había heredado casi todo el imperio nazi, conquistado a China, infiltrado a Europa. Parecía tener el porvenir asegurado y fascinaba a los intelectuales, incluidos los ex fascistas, por ser "la juventud del mundo". Europa se preparaba para su victoria y esa espera se fortalecía del odio de muchos para los Estados Uni-

dos. Se leía en las bardas "Ridway go home, Ridway la peste, US go home". Sartre, en Francia, Graham Greene en Inglaterra, en su odio contra la "burguesía" de su país, abominaban de la burguesía de las burguesías, es decir los Estados Unidos. Hacían suya, quizá sin saberlo, la consigna dada por Lenin durante la guerra (1914-1917): "el enemigo principal está en casa". Para ellos, hasta el terror revolucionario se justificaba por la bondad del fin socialista. Por eso no podían escuchar a los testigos de la primera hora como Zamiatin o Berdiayev, Serge y Suvarin, o el Thomas Mann de *La montaña mágica*; tampoco podían escuchar a los de la hora presente, Marguerite Buber-Neumann, comunista entregada a Hitler por Stalin, quien sobrevivió a los campos soviéticos, luego a los nazis; Gustav Herling-Grudzinski, otro rescatado de los campos de la muerte, David Rousset, Ignazio Silone, Arthur Koestler, Georges Orwell, predicaban en el vacío, como Camus, Aron, Arendt y Milosz, como Shapiro y Merle Fainsod. Ni los datos, ni las pruebas, ni los análisis podían abrir los ojos a los que no querían ver. Los que protestaron, los que disintieron fueron legión. Su voz fue callada, ridiculizada, descalificada, desde Panait Istrati hasta Camus y Aron. Triunfaban los Bernard Shaw, los fabianos esposos Webb, fundadores de la London School of Economics, H.G. Wells, autores de panegíricos de la URSS staliniana, Edmund Wilson publicaba su *To the Finland Station*, Harold Laski, Merleau-Ponty, E.H. Carr preparaban el camino a lo que sería después de 1964, en los Estados Unidos, la escuela histórica revisionista. Liquidado a los ojos de los intelectuales de izquierda, Camus apuntaba en sus cuadernos una cita de Alexis de Tocqueville: "esos espíritus que parecen hacer del gusto por la servidumbre algo como un ingrediente de la virtud", palabras que valen para Sartre y los progresistas.

En esa perspectiva muy bien aclarada por Tony Judt, el comunismo y el progresismo de muchos intelectuales aparece como un apagón de las luces, a la mitad del siglo XX. Todos los valores de la ética y de la razón fueron descalificados como burgueses. Hasta se inventó la expresión de libertades burguesas. Tony Judt diagnostica: "ausencia notoria de todo interés por la ética pública o la moral política" y "anestesia moral voluntaria", "interés nulo frente a la violencia, los sufrimientos humanos y las decisiones morales dolorosas", "irresponsabilidad intelectual". Saul Bellow, quien vivió en París en 1948-1950, se asombraba de semejante "irresponsabilidad". Claro, su juventud trotskista no le permitía comulgar con el mito comunista, pero al leer a Sartre se dijo: "this has got to be a con"; siendo para él un "con" menos grave que una mentira. Podía entender su odio (excesivo) contra la burguesía, no entendía su ignorancia supina de los hechos.*

* "con-artist": un farsante.

III. EL ROJO Y EL NEGRO

*El comunismo y el nazismo son
las dos caras del diablo en nuestro siglo.
(Refran ruso).*

"Nuestra desgracia, escribía Camus en 1948, es que estamos en la época de las ideologías, y de las ideologías totalitarias, es decir, tan seguras de ellas mismas, de sus razones imbéciles o de sus verdades estrechas, que no admiten otra salvación para el mundo que su propia dominación." No se tardaría en hablar de religiones seculares (ideocracia, escribe Berdiayev a principios de los años 30).

Furet explica muy bien cómo el siglo ha sido marcado por la primera guerra mundial (la segunda no es más que la prolongación de la misma).

Aquella llevó la violencia a un grado de intensidad y a una escala hasta entonces desconocida: la intensidad, la escala industrial y mundial, reveló la cara escondida del progreso y de la ciencia, llevó a las masas a desesperar de la sociedad: masas de hombres jóvenes organizados para matar, lanzados a matar. La guerra engendra los dos totalitarismos; el comunismo y el fascismo sacaron de esa experiencia el proyecto de una dominación total (Hannah Arendt) planteada en términos militares de guerra total. La violencia está en el corazón de la empresa, violencia radicalizada y legitimada por la guerra. Bolchevismo y nazismo son así los hijos de 1914-1918.

Nos ha costado trabajo aceptar que se les dé el mismo trato a los dos totalitarismos, porque Stalingrado nos había hecho olvidar el pacto germano-soviético, de tal manera que nos quedamos con la idea de que la URSS había salvado a las democracias del nazismo. Ciertamente se deben distinguir ambos fenómenos, pero no para absolver parcialmente a uno de los dos. Lo que distingue al comunismo del nazismo, no es el sistema del poder, idéntico en ambos casos. Como lo escribe Jean François Revel (*La tentation totalitaire*, París, 1975) el comunismo es una utopía, mientras que el nazismo no lo es. Cuando Hitler suprime la democracia y abre los campos, realiza sus ideas y cumple con sus promesas. Cuando Lenin hace lo mismo, realiza lo contrario de sus ideas y traiciona sus promesas: en nombre de un porvenir que anuncia luminoso. Es lo que Camus llamaba la prueba por el futuro, tan inverificable como la promesa del regreso de Cristo, de la Parusía. La utopía permite desconectar actos e intenciones, permite que al sistema se le juzgue, no por sus actos, sino por sus intenciones. Camus se negó a caer en la trampa, Sartre se lanzó con alegría. Eso plantea otro problema, el del totalitarismo como fe, como creencia, como vivencia religiosa. La dimensión religiosa del nazismo es evidente pero no tiene la universalidad de la religión comunista. "El fascista, para acabar con el individua-

lismo burgués, escribe Furet, llama a fracciones de la humanidad, la nación o la raza. Al contrario, el militante bolchevique, fiel a la inspiración democrática del marxismo, se da por meta la emancipación del género humano". Eso le permitió, en una primera etapa, al comunismo seducir a muchos "hombres de buena voluntad". Tardaron en entender, en dejar de impresionarse por el argumento del mesianismo de clase contra el mesianismo de raza. Como escribe Vassili Grossman en *Vida y Destino*, ¿cuál es la diferencia entre ser liquidado por haber nacido judío y ser liquidado por ser hijo de oficial, de sacerdote o de pequeño propietario? "Para quien quiere 'salvar los conceptos', queda una diferencia entre una filosofía cuya lógica es monstruosa y la que se presta a una interpretación monstruosa" (Raymond Aron, *Penser la Guerre*, Clausewitz, París, 1976, II, p. 218).

Pipes y Malia exploran bien las relaciones entre el comunismo soviético y el nazismo, como Bullock lo hace entre Hitler y Stalin. Hitler puede admirar al Partido e imitarlo, Stalin puede inspirarse en la "noche de los cuchillos largos", no tiene caso decir que Lenin engendró a Hitler. Eso sí, son gemelos el comunismo y el nacional-socialismo. Por algo nació en 1919 un puente ideológico llamado nacional-bolchevismo. El antisemitismo nazi vino a disimular el parentesco dialéctico, tanto más cuando la "vieja guardia leninista" era judía en buena parte, pero el historiador debe tomar en cuenta el antisemitismo soviético posterior a la muerte de Lenin y aceptar que Stalin, a la víspera de su muerte, estaba preparando su "solución final" contra los judíos. En 1934 el científico ruso Ivan Pavlov, primer premio Nobel de su país, escribió con valentía al Sovnarkom: "¡Que me fusilen! De todos modos mi vida ya finalizó, haré lo que mi dignidad me dicte (...). Bajo vuestro influjo el fascismo se ha extendido por todo el mundo civilizado, a excepción del poderoso bloque anglosajón, países que han puesto en práctica lo esencial del socialismo: el trabajo como primera y principal obligación y la dignidad humana como base de las relaciones entre las personas".

Como dijo Camus, "no es justo identificar los fines del fascismo y del comunismo ruso. El primero exalta al verdugo por el verdugo, el segundo, más dramático, exalta al verdugo por las víctimas. El primero no soñó nunca con liberar a todo el hombre. El segundo, en su principio más profundo, quiere liberar a todos los hombres, mediante una servidumbre provisional" (*L'Homme révolté*, p. 293). Pero ¿no resulta eso peor? Un personaje de *Vida y destino* dice: "Pude ver en acción la fuerza implacable de la idea de bien social. La vi durante la colectivización total; la vi en 1937. Vi que se exterminaba a la gente en nombre de una idea del bien, tan bella y humana como la del cristianismo. Vi poblados enteros morir de hambre, vi en Siberia a hijos de campesinos

deportados morir en la nieve (...), gente de la que se había dicho que era enemiga de la grande y luminosa idea del bien social (...). Ahora, el horror del nazismo está flotando sobre el mundo. El cielo está ennegrecido, el humo de los crematorios apaga el sol. Pero aquellos crímenes inauditos, nunca antes vistos en todo el universo, jamás vistos por el hombre sobre la tierra, se cometen en nombre del bien".

Los hombres que en los años 50 retomaron la ardua tarea de denunciar esto fueron denunciados como agentes del imperialismo yanqui; el concepto de totalitarismo soviético fue presentado como la versión académica de la guerra fría y de la CIA. La capacidad infinita de autojustificación del totalitarismo utópico, del "socialismo de cuarte!" permite, hoy en día, a muchos de sus antiguos partidarios dispensarse de todo examen de conciencia. Admiten los errores y el fracaso final del "socialismo real", pero no su participación y menos su responsabilidad. Al mismo tiempo, no dejan de condenar en el "tribunal de la historia" a los intelectuales que sucumbieron a la tentación fascista: Heidegger, Pound, Eliade, por ejemplo. Dos varas, dos pesas...

IV. EL ASALTO A LA RAZON

El siglo XX nos enseña que el progreso de la civilización no es fatal y que el horror surge cuando menos se lo espera. La *Belle Époque* termina en la carnicería de 1914 y cerca del tilo de Goethe y Schiller se levanta la chimenea del horno crematorio. Después del siglo de las Luces y del siglo del progreso, no se presentó la Edad de Oro. La cita fue con el dios de las tinieblas. ¿Por qué?

"Que el poder totalitario se haya edificado por la violencia no hará olvidar que contestó a un pedido ilimitado de creencia, deseo de certeza sobre la sustancia y el devenir de la sociedad" (Claude Lefort, "Creer y no creer", *Esprit*, febrero, 1995, p. 20).

Ese deseo deslumbrante se remonta al siglo pasado, especialmente entre los artistas y los que no se llamaban aún intelectuales; empezó entonces el apagón de las luces que se generalizaría en el siglo XX. Sin remontarnos con Karl Popper a Platón (*La sociedad abierta y sus enemigos*), podemos citar a muchos utopistas como Campanella, Moro, Baboeuf, Marx, quienes, después de denunciar una injusticia demasiado real, preparan, en nombre de la libertad, la muerte de la libertad. Sí, podemos citar a todos los pensadores del siglo XIX que odiaron al liberalismo y prepararon el terreno fértil sobre el cual crecería el totalitarismo. Bonald y De Maistre por un lado, Balzac, Baudelaire y Flaubert por el otro; sin olvidar a los imprecadores católicos. Así nació y se justificó una idea fija, una obsesión: el odio al "burgués". Sobre este punto Furet tiene un capítulo espléndido. En León Bloy se unen el integrismo católico con una fuerza apocalíptica más rusa que francesa, el anar-

quismo, "los cosacos y el Espíritu Santo". En la política, el arte, la cultura, triunfa el odio a la democracia pluralista y parlamentaria. En ese odio comulgan radicales blancos, negros y rojos. La guerra mundial le daría una base social amplia.

Ese odio, por desgracia, es ya tan antiguo, tan arraigado, y los problemas del mundo siguen tan grandes, que podemos esperar que sobreviva al derrumbe de los dos totalitarismos del siglo XX. Con o sin nazismo, con o sin comunismo, los mitos siguen fuertes. Basta ver la pujanza presente del nacionalismo y del autoritarismo por todas partes. La aventura totalitaria tuvo éxito porque ofrecía una solución a la crisis de valores, a la crisis global manifestada por 1914-1918. La crisis sigue, los motivos del totalitarismo siguen. La sociedad moderna, por lo tanto, sigue amenazada y los títulos y actores que he comentado son más que libros de historia. Esa historia no ha pasado, esa historia vive, es la nuestra. Sigue amenazadora la pasión por la unidad perdida, por el unanimismo, por una legitimidad indiscutible, casi divina. La tentación de no pensar, de no discutir, de no pelear es muy fuerte. Eso, aunque nos choque, vale especialmente para los intelectuales, que están demasiado expuestos a la tentación. A lo mejor fue el totalitarismo quien nos definió como "combatientes de vanguardia". Malraux dijo alguna vez que un pesimista activo tenía que ser fascista y que un optimista activo tenía que ser comunista (o afiliado). De Trotsky a Marcos, pasando por Malraux, Che Guevara y Régis Debray, la lista de los hombres de buena voluntad que cayeron, por lo menos un tiempo, en la tentación es larga. Los cristianos, especialmente los católicos, no han sido menos tentados, ni menos activos, anteayer más bien en el bando pesimista, ayer y hoy en el bando optimista. Tan es cierto lo dicho por Chesterton de que

el mundo está lleno de ideas cristianas vueltas locas. El comunismo y el nazismo modernizaron al antiliberalismo del siglo XIX. Entre nosotros los intelectuales, el antiliberalismo sigue teniendo fuerza.

Seguimos jalonados entre el deseo de igualdad y el de libertad; deseamos "una sociedad que fuese a la vez feliz y digna, que los hombres fuesen libres en una condición por fin justa" y dudamos entre "una libertad en la cual la justicia termina engañada y una justicia que cancela la libertad desde un principio. Sobre esa angustia intolerable hacen escarnio quienes saben lo que hay que creer o lo que hay que hacer. En lugar de burlarse, hay que analizar y aclarar dicha angustia, ver lo que significa, traducir la condena casi total que expresa del mundo que la provoca y rescatar la débil esperanza que conlleva (...). Habrá que escoger entonces otra utopía, más modesta y menos devastadora. Por lo menos la negación a legitimar el crimen, nos obliga a plantear la pregunta" (Camus, *Actuelles I*, pp. 163-164).

BIBLIOGRAFÍA

Alan Bullock, *Hitler and Stalin: parallel lives*, Knopf, Nueva York, 1992.

Tony Judt, *Un passe imparfait, les intellectuels en France, 1994-1956*, Fayard, París, 1992.

Georges Bortoli, *Une si longue bienveillance, les français et l'URSS, 1944-1991*, Plon, París, 1994.

Richard Pipes, *Russia under the bolshevik regime*, Knopf, Nueva York, 1994.

Martin Malia, *The soviet tragedy: a history of socialism in Russia, 1917-1991*. The Free Press, Nueva York, 1994.

François Furet. *Le passé d'une illusion, Essai sur l'idée communiste au XXe siècle*, Calmann-Lévy, París, 1995. 